



CARTA ANUAL DEL SUPERIOR GENERAL,
P. VALDIR JOSÉ DE CASTRO,
A LOS COHERMANOS DE LA SOCIEDAD DE SAN PABLO

LA SANTIDAD
Un estilo de vida

Muy queridos hermanos:

¡Gracia y paz!

Anunciar el Evangelio, en todo tiempo y lugar, es la tarea que el Señor Resucitado encargó a sus discípulos de ayer y de siempre (Mc 16,15). Frente a los retos actuales de nuestra sociedad, marcada por la pérdida de los valores humanos y cristianos, urge asumir, con espíritu renovado, con amor y esperanza, nuestro cometido de «evangelizar gozosamente como apóstoles comunicadores y como consagrados».¹ Con audacia queremos llevar a cabo nuestra misión de vivir y anunciar a Jesús Maestro Camino, Verdad y Vida, el “Evangelio eterno”,² en la cultura de la comunicación.

Esta aspiración nos lleva a profundizar en nuestra identidad, examinando todas las dimensiones de nuestra vida, sintetizadas por nuestro Fundador, el beato Santiago Alberione, en la imagen de las “cuatro ruedas” del carro paulino, que deben proceder unidas y a la vez: «*Todo el hombre en Cristo Jesús, para un total amor a Dios: inteligencia, voluntad, corazón, fuerzas físicas. Todo, naturaleza y gracia y vocación, para el apostolado. Carro que camina apoyado en las cuatro ruedas: santidad, estudio, apostolado y pobreza*».³ No una o dos ruedas, pues, ¡sino las cuatro! Este es el desafío para nosotros Paulinos y para toda la Familia Paulina, conformemente al carisma particular de cada institución.

Tras haber celebrado los cien años de fundación de nuestra Congregación y del comienzo de la Familia Paulina, en el curso de mi servicio de animación, que el último Capítulo general me confió, os propongo reflexionar juntos, año por año, sobre una de estas dimensiones de nuestra vida paulina. Este año os invito a poner una especial

¹ *Actas del X Capítulo general*, Declaración capitular, pp. 60-63.

² Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, Exhortación apostólica (24 noviembre 2013), nº 11.

³ Santiago Alberione, *Abundantes divitiarum gratiarum suarum (AD)*, Roma, 1998, 100.

atención en la primera rueda, la *santidad*. Es un tema apropiado y coherente, que casa muy bien con el Jubileo extraordinario de la Misericordia. Dios, que es Santo y nos llama a la santidad, es Misericordioso en su esencia.

La presente Carta no pretende ser un tratado teológico; quiere simplemente ofrecer algunas pistas que ayuden a reflexionar sobre la santidad no como ideal abstracto, sino como concreto estilo de vida.

1. **Santidad: configuración con Cristo**

Generalmente, hoy, hablamos poco de la santidad. Quizás porque pensamos en ella como un conjunto de gestos extraordinarios o de insólitos modos de obrar, lejanos de la vida de las personas comunes. O bien porque vemos la santidad cual si fuera un objeto de lujo, patrimonio de pocos, inalcanzable tanto para nosotros en nuestra vida consagrada, cuanto para los cristianos en su estado de vida.

Hablando de la santidad, el P. Alberione se expresa así: «La santidad no está en hacer milagros, en cosas extraordinarias o excepcionales: consiste sólo, y nada más, en la conformidad al querer divino. Vivir la voluntad de Dios». ⁴ En sintonía con esta explicación, Benedicto XVI afirma que «la santidad, la plenitud de la vida cristiana, no consiste en realizar empresas extraordinarias, sino en unirse a Cristo, en vivir sus misterios, en apropiarnos sus actitudes, sus pensamientos, su conducta». ⁵ En efecto, según el concilio ecuménico Vaticano II, ser santo no quiere decir hacer cosas excepcionales, sino vivir unidos a Cristo. En la *Lumen Gentium* el tema de la santidad se nos presenta en esta óptica: la santidad como medida de nuestra unión con Jesús, ⁶ quien nos enseña a vivir en conformidad al querer del Padre.

Todos los cristianos, de cualquier estado o categoría, están llamados a seguir el ejemplo y amoldarse a la imagen de Cristo, revistiéndose de sentimientos de misericordia, de bondad, de humildad, de dulzura, de paciencia (Col 3,12) y de tantos otros afectos que llevan a la unión con Él y a una vida más integrada y acorde con su Evangelio. En efecto, todos los bautizados están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad, así como a promover en la sociedad un tenor de vida más humano. ⁷

Recordemos que en las primeras comunidades cristianas, y en las fundadas y animadas por el apóstol Pablo, *santo* era sinónimo de *cristiano* (2Cor 1,1), o sea, de

⁴ Idem, *Fedeltà allo Spirito Paolino*, Roma, EP, 1965, p. 49.

⁵ Benedicto XVI, Audiencia general, 13 abril 2011.

⁶ Stefano De Fiores-Tullo Goffi y Augusto Guerra (directores), “Santo” en *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, Madrid, EP, 1991⁴, p. 1706.

⁷ *Lumen Gentium*, n^o 40.

personas de carne y hueso que, con fe y esperanza, trataban de testimoniar el Evangelio con la propia vida, a pesar de las debilidades humanas y las fatigas de cada día. Los santos canonizados son el ejemplo de hombres y mujeres que, en el curso de su existencia, se han dejado aferrar plenamente por Cristo en sus vidas plasmándolas en el amor. Recordemos las palabras de san Pablo a los Filipenses: «Cualquier cosa tengo por pérdida al lado de lo grande que es haber conocido personalmente a Cristo Jesús, mi Señor. Por él perdí todo aquello y lo tengo por basura con tal de ganar a Cristo e incorporarme a él...» (Flp 3,8-9).

La santidad cristiana, en efecto, no es más que unirse a Cristo entrando en la dinámica del amor, que crea comunión y lleva al servicio de los hermanos: «Dios es amor; quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él» (1Jn 4,16). Y bien, Dios ha efundido ampliamente su amor en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que nos ha dado (Rom 5,5),⁸ un amor que otorga sentido a la vida y empuja a la misión.

Jesús es el amor de Dios en persona, y lo ha manifestado en gestos concretos de acogida, de misericordia, de compasión, de ternura con todos, especialmente hacia los más necesitados. Él ha establecido el amor como la primera característica distintiva de sus discípulos: «En esto conocerán todos que sois discípulos míos: en que os tenéis amor entre vosotros» (Jn 13,35). ¡No hay camino de santidad sin amor!

2. La comunicación: ámbito de nuestra Santidad

Así pues, el encuentro con Jesús nos sitúa en la perspectiva del amor, nos proporciona un nuevo horizonte y nos introduce en el itinerario de la santidad. Sólo gracias al encuentro –o reencuentro– con el amor de Dios en Cristo Jesús, que se transforma en feliz amistad, quedamos rescatados de nuestro individualismo y logramos romper la autoreferencialidad. En otras palabras, a quien acoge este amor que da el sentido de la vida, le es imposible contener el deseo de comunicarlo a los demás,⁹ pues siente la necesidad de salir de sí, de compartir cuanto ha recibido. Nosotros los paulinos estamos llamados a vivir y anunciar el Evangelio (¡a salir!), dando a los demás, en y con la comunicación lo que hemos recibido del Señor.

La cultura de la comunicación es el contexto vivo de nuestro carisma específico, es nuestro ámbito privilegiado para el anuncio del Evangelio, es el lugar de nuestro testimonio como apóstoles-comunicadores. Ser “santo” en esta realidad “moderna” (palabra que etimológicamente significa “perteneciente a nuestro tiempo”) exige darse cuenta de algunos aspectos, que ahora quiero subrayar.

⁸ Benedicto XVI, Audiencia general, 13 abril 2011.

⁹ *Evangelii Gaudium*, n° 8.

El primer aspecto es la *cultura* misma. Como afirmó Juan Pablo II en 1990, no basta usar los medios de comunicación para difundir el mensaje cristiano y el magisterio de la Iglesia, sino que es preciso integrar el mensaje mismo en la cultura creada por la comunicación moderna. Por eso es imprescindible tener presente que esta cultura nace, aun antes que de los contenidos, del hecho mismo de que existen nuevos modos de comunicar con nuevos lenguajes, nuevas técnicas y nuevas actitudes psicológicas.¹⁰ Ser santo “moderno” requiere aprender, entender y hablar los lenguajes de hoy para llegar con el Evangelio a los hombres de hoy.

Además de lo concerniente al contenido y a los lenguajes, hay que relevar fuertemente el elemento del *testimonio*. Es decir, hay una actitud cristiana de presencia en el ambiente creado por la comunicación que supone que el modo de comunicar, las opciones, las preferencias, los criterios sean profundamente coherentes con el Evangelio (que nazcan de éste), aun cuando de él no se habla de forma explícita. Como hizo notar Benedicto XVI, existe un estilo cristiano de presencia también en el mundo digital, que se concreta en una forma de comunicación honesta y abierta, responsable y respetuosa con el otro.¹¹ Ser santo en la cultura de la comunicación exige asumir un estilo de vida comprometido con la cualidad de la comunicación.

Un tercer aspecto relevante concierne a la responsabilidad de construir la “*cultura del encuentro*”. El papa Francisco, refiriéndose sobre todo a Internet, constata que «no basta pasar por las “calles” digitales, es decir simplemente estar conectados: es necesario que la conexión vaya acompañada de un verdadero encuentro. No podemos vivir solos, encerrados en nosotros mismos. Necesitamos amar y ser amados... La red digital puede ser un lugar rico en humanidad: no una red de cables, sino de personas humanas». ¹² El santo, en el mundo de la comunicación, valora la persona tanto con los medios técnicos como con su presencia. Trata de construir puentes, no muros. Se compromete a crear comunión y combate la división.

En este sentido el “santo”, dado que se inspira en el Evangelio, es aquel que escucha. De hecho, «comunicar significa compartir, y para compartir se necesita escuchar, acoger. Escuchar es mucho más que oír. Oír hace referencia al ámbito de la información; escuchar, en cambio, evoca la comunicación, y necesita cercanía. La escucha nos permite asumir la actitud justa, dejando atrás la tranquila condición de espectadores, usuarios, consumidores... Escuchar nunca es fácil... Saber escuchar es una gracia inmensa, es un don que se ha de pedir para poder después ejercitarse

¹⁰ Juan Pablo II, *Redemptoris Missio*, Carta encíclica (7 diciembre 1990), n° 37.

¹¹ Benedicto XVI, 45ª Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales (5 junio 2011), “Verdad, anuncio y autenticidad de vida en la era digital”, 24 enero 2011.

¹² Papa Francisco, 48ª Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales (1 junio 2014), “Comunicación al servicio de una auténtica cultura del encuentro”, 24 enero 2014.

practicándolo». ¹³ El santo es quien escucha a Dios, a los demás, la realidad, a los que sufren, etc.

3. El “color paulino” de nuestra Santidad

Hoy en día hay muchos cristianos que trabajan con recta intención y procuran vivir la santidad en el ambiente de la comunicación. No somos los únicos en hacerlo, ni los únicos en usar, para la evangelización, los medios de comunicación y la red digital. Todas las instituciones religiosas de la Iglesia, en cierta medida, usan hoy uno u otro medio de comunicación, y ello no podría ser de otro modo. El campo de la comunicación no es exclusivamente nuestro. Además, con humildad (¡la humildad y la confianza, recordémoslo, constituyen la santidad!) ¹⁴ debemos reconocer que algunas instituciones hacen más, y a veces mejor, que nosotros. ¿Qué es, entonces, lo que nos distingue de esas personas que hacen lo que hacemos nosotros?

Nos caracteriza nuestro modo de estar en la cultura de la comunicación “como paulinos”. Llevamos con nosotros “un carisma” particular. Estamos allí con un estilo de vida cristiano “paulino”, con un modo de ser y de hacer. Cabe decir, en lo tocante a nuestra presencia, que existe un estilo “cristiano-paulino” de estar en el ambiente comunicacional, nacido de vivir el Evangelio a la luz de nuestro carisma.

Como “apóstoles comunicadores y consagrados”, en el ámbito de nuestro estado de vida y carisma específico, nos sentimos llamados a vivir unidos a Cristo y a testimoniar su amor; a ser “santos” en y con la comunicación, llevando con nosotros la riqueza carismática heredada de nuestro Fundador. Por eso, reflexionar sobre la santidad equivale a tener presente también nuestra identidad y los fundamentos sobre los que la construimos.

En el ámbito producido por la comunicación, caracterizado fuertemente por las tecnologías –mecánicas, electrónicas y digitales–, queremos situarnos con un verdadero estilo de vida cristiano “paulino”, cumpliendo nuestra parte en la construcción de la cultura del encuentro. Este desafío nos exige volver siempre al origen del anuncio que –ya lo hemos recordado– es Jesús mismo. Ahí, en el encuentro con Él, que para nosotros es el “Maestro, Camino, Verdad y Vida”, el comunicador perfecto, es donde encontramos el contenido de nuestro mensaje y el sentido de la vida. En Él hallamos “la mística”, que constituye el verdadero motor de nuestra acción apostólica.

¹³ Idem, 50ª Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales (8 mayo 2016), “Comunicación y misericordia: un encuentro fecundo”, 24 enero 2016.

¹⁴ Santiago Alberione, *Alle Pie Discepolo del Divin Maestro, 1947*, 436; cfr. *Vademecum*, EP, Cinisello Balsamo (Milano), 1992, 679.

Bien lo entendió nuestro Fundador, que definió el proceso de santificación como un proceso de cristificación: hasta que Cristo tome forma en nosotros (Gal 4,19).¹⁵ Por ello nuestra devoción central no puede ser sino Jesús Maestro, Camino, Verdad y Vida. No se trata de “una devocioncita”, sino la de Jesús el Maestro;¹⁶ y tal “devoción” no es algo separado de la vida vivida, sino que es una acción involucradora de toda la persona.¹⁷ En efecto, «la devoción al Maestro divino no es una devoción accesoria: abraza toda nuestra vida espiritual, todos nuestros estudios, todo nuestro apostolado, toda la actividad externa: todo».¹⁸

4. La forma de nuestra Santidad

En el itinerario de santidad, con el “color paulino”, vivida en la cultura de la comunicación, contamos con dos referencias importantes: María, Reina de los Apóstoles, y el apóstol Pablo. Insiste el P. Alberione: «Debe ser una piedad no incolora, sino de color paulino, o sea orientada al Maestro divino, a la Reina de los Apóstoles, a san Pablo. ¡Es nuestra piedad!».¹⁹

Recordemos que cuando hablamos de “piedad”, ésta no se reduce a un conjunto de oraciones nutridas en devociones cerradas en sí mismas, sino que es la expresión de cuanto somos y debe integrarse con cuanto hacemos. Como leemos en *Apuntes de Teología Pastoral*, «cuando se dice ‘piedad’ se entiende vida. No es, como erróneamente algunas almas superficiales entienden, un simple formulismo exterior ni, como calumnian los enemigos, una ilusión de espíritus víctimas del propio misticismo; no: es una actividad interna que se manifiesta al exterior con la fecundidad de las obras».²⁰

María es quien acoge al Dios invisible y lo hace visible al mundo, comunicándolo en carne humana.²¹ Ella nos indica la misión, el “espíritu pastoral”,²² que presupone tener consigo el mensaje (el “Evangelio”) para poder ofrecerlo. En relación a nuestro apostolado con la comunicación, el Fundador solía referirse a María como “editora” de Dios, aclarando que, etimológicamente, “editar” significa propiamente “dar a la luz”.²³ Nosotros tenemos la misma misión de María: dar a Jesús al mundo, materializando (editando) la Palabra por medio de la prensa, de la radio, de la televisión, y hoy también con los medios digitales, con todos los lenguajes de la comunicación.

¹⁵ *Carissimi in San Paolo (CISP)*, EP, Roma, 1971, pp. 11-12.

¹⁶ Santiago Alberione, *Alle Figlie di San Paolo*, 1956, p. 271; cfr. *Vademecum*, cit., 562.

¹⁷ Idem, *Alle Figlie di San Paolo*, 1959, p. 138; cfr. *Vademecum*, cit., 590.

¹⁸ Idem, *Prediche del Primo Maestro*, 6 (1958), p. 5; cfr. *Vademecum*, cit., 587.

¹⁹ Idem, *Para una renovación espiritual (RSP)*, San Paolo, Cinisello Balsamo (Milano), 2005, p. 556.

²⁰ Santiago Alberione, *Apuntes de Teología Pastoral (ATP)*, San Paolo, Cinisello Balsamo (Milano), 2002, 7.

²¹ *San Paolo (SP)*, noviembre-diciembre 1954; cfr. *CISP*, p. 599.

²² Santiago Alberione, *Ut perfectus sit homo Dei (UPS)*, San Paolo, Cinisello Balsamo (Milano), I, 376.

²³ *RSP*, cit., p. 547.

El apóstol Pablo es el otro referente en nuestro camino de santidad; y no se trata de una referencia cualquiera, ya que él es el padre, el maestro, el ejemplar, el protector, el verdadero fundador de nuestra Institución.²⁴ El P. Alberione recuerda que antes de poner la Congregación bajo la protección de san Pablo se rezó mucho: «Se buscaba un santo que sobresaliera en santidad y que al mismo tiempo fuese ejemplo de apostolado. San Pablo fundió en sí mismo santidad y apostolado».²⁵ Nuestro desafío es vivir y dar enteramente a Jesucristo, como lo interpretó, lo vivió y lo dio al mundo san Pablo apóstol.²⁶

Mientras Jesús es “el original”, el Apóstol, para nosotros, es “la forma”:²⁷ «En él – exhorta el Fundador– debemos formarnos; es decir, pensar, obrar, emplearnos, como pensó él, como obró, como se empleó en la salvación de las almas, como oró: ¡ser de veras paulinos!».²⁸ A pesar de nuestras limitaciones, estamos llamados, como el apóstol Pablo, a dilatar nuestro corazón para que llegue a ser siempre generoso y de amplias perspectivas,²⁹ a mirar al mundo como lo hizo él: con los ojos de Jesús. En Pablo encontraremos al buen comunicador y la audacia, la visión, el profetismo, la metodología de nuestro apostolado.

María y Pablo, dos personas que saben escuchar la Palabra y practicarla, haciéndola estilo de vida. Por tanto, la devoción a María, Reina de los Apóstoles, debe llevarnos a descubrir qué dar en el apostolado, aprendiendo de san Pablo el espíritu apostólico cada vez más intachable y más activo, de modo que no sólo nos llamemos paulinos sino que de veras lo seamos.³⁰

5. Las fuentes y el nutrimento de nuestra Santidad

En el camino de la santidad necesitamos nutrirnos cada día, con el fin de tener las fuerzas necesarias para transferirla a nuestras ocupaciones. La Palabra de Dios y la Eucaristía son las dos fuentes de nuestra vida espiritual, que se completan tan íntimamente de modo que no cabe comprender una sin la otra.³¹ Nuestro Fundador lo entendió muy bien, hasta afirmar, refiriéndose particularmente al apostolado de las ediciones impresas: «Eucaristía y Biblia forman al apóstol de la prensa. Estas dos cosas

²⁴ *SP*, julio-agosto 1954; cfr. *CISP*, cit., p. 147.

²⁵ Santiago Alberione, *Pensamientos*, EP Madrid 1986, n. 83; cfr. *FSP-Spiegazione delle Costituzioni*, 1961, 463.

²⁶ *SP*, abril 1957; cfr. *CISP*, cit., p. 159.

²⁷ Santiago Alberione, *Alma y cuerpo por el Evangelio (ACV)*, San Paolo, Cinisello Balsamo (Milano), 2005, pp. 61-63.

²⁸ Cfr. *Vademecum*, cit., 653 (en el 40º aniversario de fundación de las Hijas de San Pablo, 1955).

²⁹ Santiago Alberione. *È necessario pregare sempre*, 2, (1940), p. 362; cfr. *Vademecum*, cit., 637.

³⁰ *Idem*, *Haec meditare*, IV, 1947-1948.

³¹ Benedicto XVI, *Verbum Domini*, Exhortación apostólica postsinodal (30 septiembre 2010), nº 55.

sean inseparables y estén inseparadas en vuestros corazones».³² La Palabra de Dios escuchada y celebrada, sobre todo en la Eucaristía, nos alimenta y refuerza interiormente, haciéndonos capaces de un auténtico testimonio evangélico en la vida cotidiana.³³ Si no damos tiempo a la escucha de la Palabra, ¿qué diremos, qué comunicaremos?

De la Biblia estamos llamados a nutrirnos, especialmente con cada frase del Evangelio según el espíritu de san Pablo,³⁴ alimentándonos también de sus Cartas, que nos hacen entrar «en el verdadero camino de santidad y en el genuino espíritu de apostolado».³⁵ En la “visita” encontramos un espacio de meditación y de oración imprescindible para el camino de la santidad, que debe vivirse no como algo formulista o convencional, sino como un precioso tiempo en que el discípulo va a la escuela del Maestro divino. «La visita verdadera es alma que impregna todas las horas, las ocupaciones, los pensamientos, las relaciones, etc.».³⁶

La Eucaristía y los momentos de oración (individuales o comunitarios) carecen de sentido si no entran en nuestro estilo de vida y si no se reflejan en las diversas situaciones concretas de la vida. Debemos desconfiar de una comunidad donde se respetan rigurosamente los horarios de las “prácticas de piedad” pero en la que falta amor, misericordia, acogida, ternura, educación, empeño apostólico y comunitario... así como también esperanza y alegría. Lo mismo cabe decir de las comunidades donde los momentos de oración se descuidan o se omiten y se nota un empuje apostólico pobre de creatividad por la dificultad de vivir juntos. Corroboro cuanto afirmó nuestro último Capítulo general: «La doble mesa de la Palabra de Dios y de la Eucaristía, que edifica la comunidad, sea para cada paulino la fuente donde alimentarse para reavivar el don recibido, acrecentar la fuerza apostólica y superar cuanto crea división».³⁷

Debemos estar atentos a nuestro ritmo de vida, principalmente cuando éste asume una cadencia eminentemente operativa, hasta no dejar tiempo para la oración. Vale la pena recordar la advertencia del P. Alberione sobre el riesgo de transformar nuestro apostolado en simple industria y mero comercio: «No había necesidad de un instituto religioso para hacer industria. ¡No se necesitan personas consagradas a Dios para hacer comercio!».³⁸ En cambio, sí es preciso, especialmente en el apostolado, tener presente y tomar en serio cuanto el Fundador dice sobre la organización y estar atentos a las leyes del mercado. Pero estas estrategias no pueden ser una finalidad en

³² Santiago Alberione, *Alle Figlie di San Paolo*, 1941, p. 137; cfr. *Vademecum*, cit., 1058.

³³ Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, 174.

³⁴ *AD*, cit., 95.

³⁵ *Prediche del Primo Maestro: San Paolo*, pp. 260-261; cfr. *Vademecum*, cit., 631.

³⁶ *UPS*, cit., II, 110.

³⁷ *Actas del X Capítulo general*, Prioridad 2.2., p. 67.

³⁸ Santiago Alberione, *Alle Figlie di San Paolo*, 1948, p. 574; cfr. *Vademecum*, cit., 1066.

sí mismas. Estamos en la Iglesia como apóstoles, no como gerentes (*managers*). Hay que vigilar siempre para «mantenerse a la altura humano-divina del apostolado, ejercido con los medios más rápidos y fecundos, con espíritu pastoral».³⁹

Nuestro Fundador nunca separó la vida de piedad de la “vida vivida”, que engloba todos los aspectos de la realidad, desde la personal, comunitaria, apostólica, eclesial a la social y cultural. Recordemos su adoración eucarística, de joven dieciseisero, en la inolvidable noche-puente del siglo XIX al XX. Mientras oraba, llevaba en su corazón y en sus pensamientos todas las variantes situaciones de su tiempo. Lo relata él mismo: «La oración duró cuatro horas, después de la misa solemne, [pidiendo] que el siglo naciera en Cristo-Eucaristía; que nuevos apóstoles sanearan las leyes, la escuela, la literatura, la prensa, las costumbres; que la Iglesia tuviera un nuevo empuje misionero; que se usaran bien los nuevos medios de apostolado; que la sociedad acogiese las grandes enseñanzas de las encíclicas de León XIII..., especialmente las concernientes a las cuestiones sociales y a la libertad de la Iglesia... Se sintió obligado a servir a la Iglesia, a los hombres del nuevo siglo y a trabajar con otros en organización».⁴⁰ De la Eucaristía, celebrada y adorada con conciencia social,⁴¹ viene la luz que lo ilumina todo.

La Eucaristía y los momentos de oración favorecen el encuentro con Jesús Maestro, y esto nos permite reconocerlo y hallarlo incluso en las situaciones de nuestra vida diaria. Cada uno de nosotros tiene la posibilidad de encontrar al Hijo de Dios, experimentando todo su amor e infinita misericordia en tantísimas circunstancias. Podemos encontrarlo realmente presente en los sacramentos, de modo especial en la Eucaristía, pero también nos es posible reconocerlo en el rostro de nuestros hermanos, particularmente en los pobres, los enfermos, los encarcelados, los prófugos que son carne viva del Cristo sufriente e imagen visible del Dios invisible,⁴² como Él mismo afirma: «Lo que hicisteis con uno de esos hermanos míos tan insignificantes, lo hicisteis conmigo» (Mt 25,40). Podemos también percibir la presencia de Dios en la creación. Muchos pasajes de la Biblia y, en particular, la encíclica *Laudato si'* del papa Francisco, nos mantienen despiertos frente a esta realidad que no puede dejarnos indiferentes.

6. Conclusión: la Santidad, un don que debemos pedir

La santidad no es un ideal del pasado, sino un reto para hoy. Podemos reflexionar sobre este tema desde múltiples ángulos. Pero, tal como he intentado exponer, no podemos olvidar el aspecto práctico del testimonio de la santidad como estilo de vida,

³⁹ *SP*, febrero 1951; cfr. *CISP*, cit., p. 809.

⁴⁰ *AD*, cit., 19-20.

⁴¹ *ACV*, cit., p 162; cfr. *Vademecum*, cit., 1093.

⁴² Papa Francisco, *Ángelus*, 11 enero 2015.

especialmente en el mundo de la comunicación. Esto nos lleva a romper las dicotomías que normalmente construimos, o sea la fractura entre la vida concreta (con sus esperanzas y gozos, con sus dificultades y sufrimientos) y la oración. El camino de santidad supone la búsqueda constante de una vida integrada, no obstante los límites humanos, reconociendo nuestra «insuficiencia en todo: en el espíritu, en la ciencia, en el apostolado, en la pobreza».

La consciencia de nuestras fragilidades requiere siempre una profunda revisión de vida, que nos lleve a superar la pesadez y el cansancio, a vencer la mediocridad, la mundanidad espiritual y un estilo de vida individualista. El tema de nuestro último Capítulo general constituye una auténtica llamada a revisar y vivir nuestro “ser” y nuestro “hacer” en el surco de la santidad: *Todo lo hago por el Evangelio* (1Cor 9,23). *Paulinos, evangelizadores-comunicadores. En Cristo nuevos apóstoles para la humanidad.*

En esta línea y a partir de cuanto he escrito, es oportuno plantearnos algunas preguntas: ¿Cómo vivimos el Evangelio entre nosotros? La santidad ¿es un estilo de vida o una realidad lejana de nuestra vida concreta? En nuestra vida ¿se da integración de la vida personal y comunitaria con la espiritualidad y el apostolado o vivimos de modo esquizofrénico? ¿Damos tiempo a la oración? La Eucaristía ¿genera fraternidad y misericordia, nos lanza a la misión o es solo un rito de rutina? Nuestras devociones ¿afectan a toda nuestra persona? ¿Llevamos adelante con entusiasmo el carisma paulino, dando testimonio de él en la cultura de la comunicación?

Aun cuando nuestro examen de conciencia resultara negativo y nos cercioráramos de ser como el hijo mayor o el hijo menor de la parábola del “Padre misericordioso” narrada en el evangelio de Lucas, recordemos que el Padre está siempre dispuesto a perdonar, cuando nos dirigimos a Él con el corazón arrepentido. El apóstol Pablo descubrió este amor en Jesús, un amor que transformó su vida hasta el punto de hacerle decir: «Si uno está en Cristo, es una criatura nueva; lo viejo ha pasado, ha comenzado lo nuevo» (2Cor 5,17). ¡También nosotros podemos hacer esta experiencia!

El Señor nos ayude a progresar en nuestro compromiso de hacerlo todo por el Evangelio en la fidelidad creativa a nuestro carisma, vivido en el mundo de hoy, para servir al hombre de hoy. A tal propósito, he aquí un párrafo de uno de los interesantes discursos del papa Francisco: «Sabéis que un carisma no es una pieza de museo, que permanece intacta en una vitrina, para ser contemplada y nada más. La fidelidad, el mantener puro el carisma, no significa de ningún modo encerrarlo en una botella sellada, como si fuera agua destilada, para que no se contamine con el exterior. No, el carisma no se conserva teniéndolo guardado; hay que abrirlo y dejar que salga, para que entre en contacto con la realidad, con las personas, con sus inquietudes y sus problemas. Y así, en este encuentro fecundo con la realidad, el carisma crece, se

renueva y también la realidad se transforma, se transfigura por la fuerza espiritual que ese carisma lleva consigo». ⁴³

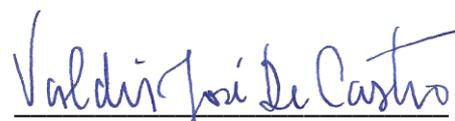
Con las beatificaciones de nuestro fundador P. Santiago Alberione y del P. Timoteo Giaccardo, la Iglesia ha reconocido que es posible santificarse en nuestro carisma, a partir del “estilo cristiano-paulino vivido”. Otros, hombres y mujeres, en la Familia Paulina son ejemplo de una vida de amor y de entrega: los venerables Maggiorino Vigolungo, el Hno. Andrea Borello, el Can. Francisco Chiesa, la Hna. Tecla Merlo, la Madre Escolástica Rivata. Muchos otros miembros en el silencio han vivido la santidad. Damos gracias al Señor por la vida de todos ellos. ¡Ahora es nuestro momento! Nos toca a cada uno de nosotros vivir la santidad como un verdadero estilo de vida.

Con María, Reina de los Apóstoles, y san Pablo, pongámonos al seguimiento de Jesús Maestro, Camino, Verdad y Vida, tratando de unirnos cada vez más a Él y entre nosotros, para lanzarnos adelante con amor, en comunión y con audacia.

¡Feliz y santa Pascua!

Roma, 27 de marzo de 2016

Domingo de Pascua – Resurrección del Señor


P. Valdir José De Castro, SSP
Superior General

⁴³ Papa Francisco, *Discurso a los participantes en el V Capítulo general de los Sacerdotes de Schönstatt*, 3 septiembre 2015.